

ALFAGUARA



Joël Dicker

Los últimos días  
de nuestros padres

Traducción de Juan Carlos Durán Romero

---

1.

*Que todos los padres del mundo, a punto de  
abandonarnos, sepan el gran peligro que corremos  
sin ellos.*

*Nos enseñaron a caminar, y ya no caminaremos.*

*Nos enseñaron a hablar, y ya no hablaremos.*

*Nos enseñaron a vivir, y ya no viviremos.*

*Nos enseñaron a convertirnos en Hombres, y ya ni  
siquiera seremos Hombres. Ya no seremos nada.*

Fumaban al amanecer, mientras contemplaban sentados el negro cielo que bailaba sobre Inglaterra. Y Palo recitaba su poema. Al abrigo de la noche, recordaba a su padre.

Sobre la colina donde se encontraban, las colillas tenían de rojo la oscuridad: habían adoptado la costumbre de venir a fumar allí a primera hora de la mañana. Fumaban para hacerse compañía, fumaban para no desesperar, fumaban para no olvidar que eran Hombres.

Gordo, el obeso, olisqueaba entre los matorrales imitando a un perro vagabundo, ladrando para ahuyentar a los ratones de campo entre la hierba húmeda, y Palo se enfadaba con el falso perro.

—¡Para, Gordo! ¡Hoy hay que estar triste!

Gordo se detuvo tras tres reprimendas y, enfurruñado como un niño, dio la vuelta al semicírculo que formaba la decena de siluetas y se fue a sentar al lado de los taciturnos, entre Rana, el depresivo, y Ciruelo, el tartamudo infeliz, secretamente enamorado de las palabras.

—¿En qué piensas, Palo? —preguntó Gordo.

—En cosas...

—No pienses en cosas malas, piensa en cosas bonitas.

Y con su mano grasa y regordeta, Gordo buscó el hombro de su camarada.

Los llamaron desde la escalinata del viejo caserón que se levantaba frente a ellos. El entrenamiento iba a comenzar. Inmediatamente, todos se pusieron en marcha; Palo permaneció sentado un instante más, escuchando el murmullo de la bruma. Volvía a pensar en su último día en París. Pensaba sin cesar en ello, todas las noches y todas las mañanas. Sobre todo las mañanas. Hoy hacía exactamente dos meses que se había marchado.

Había sucedido a principios de septiembre, justo antes del otoño; resultaba inevitable: era preciso defender a los Hombres, defender a los padres. Defender a su padre, al que sin embargo había jurado no abandonar nunca, años atrás, cuando el destino se había llevado a su madre. El buen hijo y el viudo solitario. Pero la guerra los había atrapado y, al elegir las armas, Palo había elegido abandonar a su padre. Ya en agosto sabía que iba a marcharse, pero había sido incapaz de anunciárselo. Sin coraje suficiente, solo pudo reunir el valor necesario para despedirse la víspera de partir, después de la cena.

—¿Por qué tú? —se atragantó su padre.

—Porque si no soy yo, no será nadie.

Con el rostro tan compungido como orgulloso, había abrazado a su hijo para infundirle valor.

Su padre había pasado el resto de la noche encerrado en su habitación, llorando. Lloraba de tristeza, pero le parecía que su hijo de veintidós años era el más valiente de los hijos. Palo había permanecido ante su puerta, escuchando los sollozos. Y de pronto se había odiado tanto por hacer llorar a su padre que se había cortado el torso con la punta de su navaja hasta hacerse sangre. Con el cuerpo herido frente a un espejo, se había insultado y había socavado más aún la carne a la altura del corazón para estar seguro de que la cicatriz no desaparecería nunca.

Al alba del día siguiente, su padre, que deambulaba por el piso en pijama, con el alma hecha trizas, le había preparado café bien fuerte. Palo se había sentado a la mesa de la cocina, con los zapatos y el sombrero puestos, y se había bebido el café, lentamente, para dilatar la partida. El mejor café que bebería nunca.

—¿Has cogido buena ropa? —había preguntado su padre señalando la bolsa que su hijo se disponía a llevarse.

—Sí.

—Déjame que lo compruebe. Necesitarás prendas de mucho abrigo, el invierno va a ser frío.

Y el padre había añadido al equipaje algo más de ropa, salchichón, queso y un poco de dinero. Después había vaciado y vuelto a llenar la bolsa en tres ocasiones; «voy a hacértela mejor», repetía cada vez, intentando retrasar el inexorable destino. Y cuando ya no hubo nada que pudiese hacer, se había dejado invadir por la angustia y la desesperación.

—¿Qué va a ser de mí? —le preguntaba.

—Pronto estaré de vuelta.

—¡Tengo tanto miedo por ti!

—No debes...

—¡Sentiré miedo cada día!

Sí, mientras su hijo no volviese, ni comería ni dormiría. A partir de entonces sería el más infeliz de los Hombres.

—¿Me escribirás?

—Claro que sí, papá.

—Y yo te esperaré siempre.

Estrechó con fuerza a su hijo.

—Tendrás que seguir estudiando —había añadido—. Los estudios son importantes. Si los hombres fueran menos tontos, no habría guerras.

Palo asintió con la cabeza.

—Si los hombres fueran menos tontos, no estaríamos aquí.

—Sí, papá.

—Te he metido unos libros...

—Lo sé.

—Los libros son importantes.

Entonces el padre había agarrado a su hijo de los hombros, con furia, en un desesperado impulso de rabia.

—¡Prométeme que no morirás!

—Te lo prometo.

Palo había cogido su bolsa y había besado a su padre. Por última vez. Y, en el descansillo, el padre lo había vuelto a retener.

—¡Espera! ¡Te olvidas la llave! ¿Cómo vas a volver si no tienes llave?

Palo no la quería: aquellos que no van a volver no necesitan llaves. Pero, para no apenar a su padre, murmuró simplemente:

—No quiero arriesgarme a perderla.

El padre temblaba.

—¡Claro! Sería un fastidio... ¿Cómo volverías si...?

Entonces, mira, la pongo debajo del felpudo. Fíjate qué bien la guardo, debajo del felpudo, aquí, ¿ves? Dejaré siempre esta llave aquí, para cuando regreses —y, tras reflexionar un momento, añadió—: Pero ¿y si se la lleva alguien? Mmm... Avisaré a la portera, ella tiene una copia. Le diré que te has marchado, que no debe abandonar la portería cuando yo no esté, al igual que yo no debo salir de casa si ella no está en la portería. Sí, le diré que esté atenta y que le doblaré el aguinaldo.

—No digas nada a la portera.

—De acuerdo, no le diré nada. Entonces no volveré a cerrar la puerta con llave, ni de día ni de noche, nunca. Así no habrá riesgo de que no puedas volver.

Hubo un largo silencio.

—Adiós, hijo —dijo el padre.

—Adiós, papá —dijo el hijo.

Palo llegó a musitar «te quiero, papá», pero el padre no alcanzó a escucharlo.

---

## 2.

Las noches de insomnio, Palo abandonaba el dormitorio donde sus camaradas, agotados por el entrenamiento, dormían a pierna suelta. Deambulaba por el caserón glacial, en el que el viento se colaba como si no hubiese puertas ni ventanas. Se sentía como un fantasma escocés, el francés errante; pasaba por la cocina, por el comedor, y luego por la gran biblioteca; miraba su reloj, después los de la pared, contando cuánto tiempo faltaba para salir a fumar con los demás. A veces, para librarse de los pensamientos más tristes, pensaba en algún chiste para divertirse a sí mismo y, después, si le parecía bueno, lo anotaba para contárselo al resto al día siguiente. Cuando ya no sabía qué hacer, iba a echarse agua sobre las agujetas y las heridas, y junto al lavabo recitaba su nombre de pila, Paul-Émile, Palo, como le llamaban aquí, donde casi todos habían adoptado un mote. Nueva vida, nuevo nombre.

Todo había empezado en París meses antes, cuando en dos ocasiones, junto a uno de sus amigos, Marchaux, había pintado cruces de Lorena sobre un muro. La primera vez había ido todo bien. Así que lo repitieron. La segunda expedición había tenido lugar al atardecer, en una callejuela. Marchaux vigilaba mientras Palo pintaba hasta que, en plena acción, había notado cómo una mano lo agarraba del hombro y gritaba: «¡Gestapo!». Sintió cómo su corazón dejaba de latir, se volvió: un tipo grande le agarraba firmemente con una mano y a Marchaux con la otra. «Estúpidos niños —había escupido el hombre—, ¿queréis morir por una pintada? ¡Las pintadas no sirven para nada!». Aquel tipo no era de la Gestapo. Al contrario. Marchaux y Palo lo volvieron a ver en dos

ocasiones. La tercera reunión tuvo lugar en la trastienda de un café en Batignolles, con un hombre al que nunca habían visto antes, aparentemente inglés. El hombre les había explicado que buscaba franceses valientes, dispuestos a unirse al esfuerzo de guerra.

Así fue como se marcharon. Palo y Marchaux. Una red de colaboradores les ayudó a llegar a España, a través de la zona Sur y los Pirineos. Marchaux decidió entonces desviarse y pasar por Argelia. Palo quería continuar hasta Londres. Se decía que allí era donde se jugaba todo. Siguió hasta Portugal y después a Inglaterra, en avión. A su llegada a Londres, había recalado en el centro de interrogatorios de Wandsworth —parada obligatoria para los franceses que desembarcaban en Gran Bretaña— y junto a todos los cobardes, valientes, patriotas, comunistas, brutos, veteranos, desesperados e idealistas, había desfilado ante los servicios de reclutamiento del ejército británico. La Europa fraternal se hundía, como un barco construido a toda prisa. La guerra duraba ya dos años, en las calles y en los corazones, y a esas alturas cada uno miraba por su propio interés.

No permaneció mucho tiempo en Wandsworth. Lo condujeron inmediatamente a Northumberland House, un antiguo hotel situado al lado de Trafalgar Square y requisado por el Ministerio de Defensa. Allí, en una habitación desnuda y glacial, había mantenido largas entrevistas con Roger Calland, francés como él. Las entrevistas se escalonaron durante varios días: Calland, psiquiatra de profesión, se había convertido en reclutador para el Special Operation Executive, una organización de actividades clandestinas de los servicios secretos británicos, y tenía interés en Palo. El joven, ajeno por completo al destino que le estaban preparando, se había limitado a responder aplicadamente a las preguntas y a los formularios, feliz de poder aportar su pequeña contribución al esfuerzo de guerra. Si le juzgaban útil como ametrallador, pues sería ametrallador. ¡Ay! Qué bien ametrallaría desde su torreta; si era mecánico, sería mecánico y ajustaría los pernos

como nadie los había ajustado jamás; si las cabezas pensantes de Inglaterra le asignaban un papel de modesto pasante en una imprenta de propaganda, llevaría las planchas de tinta con entusiasmo.

Pero Calland había pensado desde un principio que Palo reunía las condiciones para ser un buen agente del SOE sobre el terreno. Era un chico tranquilo y discreto, de rostro dulce, más bien guapo, y cuerpo robusto; era un furibundo patriota sin ser uno de esos cabeza loca que podrían llevar al desastre a toda una compañía, ni uno de esos románticos desapegados y deprimidos que quieren ir a la guerra porque desean la muerte. Se expresaba bien, con sentido y vigor, y el médico le había escuchado divertido cuando le había explicado que sí, que se dedicaría gustosamente a la impresión, pero que habría que enseñarle porque, en lo referente a la imprenta, no sabía mucho, aunque le gustaba escribir poemas y trabajaría con ahínco para hacer buenas octavillas, octavillas magníficas, que se lanzarían desde los bombarderos y que los pilotos declamarían en sus cabinas con emoción, pues, al fin y al cabo, hacer octavillas también es hacer la guerra.

Entonces Calland escribió en sus notas que el joven Palo era una de esas personas valientes que a menudo ignoran que lo son, lo que añade la modestia a sus otras cualidades.

El SOE había sido ideado por el primer ministro Churchill en persona al día siguiente de la derrota inglesa en Dunkerque. Consciente de que no podría enfrentarse a los alemanes frontalmente con un ejército regular, había decidido valerse de la guerra de guerrillas para combatir desde el interior de las líneas enemigas. Y su concepción era notable: el Servicio, bajo dirección británica, reclutaba a extranjeros en la Europa ocupada, los entrenaba y los formaba en Gran Bretaña, y después los enviaba puntualmente a sus países de origen, donde pasaban desapercibidos entre la población local, para llevar a cabo operaciones secretas en la retaguardia ene-



miga: información, sabotaje, atentados, propaganda y creación de redes.

Después de todas las verificaciones de seguridad, Calland había abordado finalmente el tema del SOE con Palo. Terminaba el tercer día en Northumberland House.

—¿Estarías dispuesto a llevar a cabo misiones clandestinas en Francia? —había preguntado el médico.

El corazón del joven había empezado a latir con fuerza.

—¿Qué tipo de misiones?

—De guerra.

—¿Peligrosas?

—Mucho.

Acto seguido, adoptando un tono de confidencia paternal, Calland le había explicado de forma muy sucinta lo que era el SOE, o al menos lo que la bruma de secreto que rodeaba al Servicio le permitía revelar, porque necesitaba que el chico se diese cuenta de lo que suponía una propuesta como aquella. Sin comprenderlo del todo, Palo comprendió.

—No sé si seré capaz —había dicho.

Palideció. A él, que se había imaginado a sí mismo como alegre mecánico o jovial tipógrafo, le proponían sin decirselo directamente unirse a los servicios secretos.

—Te dejaré tiempo para pensarlo —había dicho Calland.

—Claro, tiempo...

Nada impedía a Palo decir que no, regresar a Francia, recuperar su tranquilidad parisina, besar de nuevo a su padre y no volver a abandonarlo jamás. Pero ya sabía, en el fondo de su alma inquieta, que no lo rechazaría. Lo que estaba en juego era demasiado importante. Había recorrido todo ese camino para unirse a la guerra y, en aquel instante, ya no podía renunciar. Con un nudo en el estómago y las manos temblorosas, Palo había regresado a la habitación en la que estaba instalado. Tenía dos días para pensárselo.

Había vuelto a reunirse con Calland en Northumberland House dos días después. Por última vez. En aquella oca-

sión no le condujeron a la siniestra sala de interrogatorios, sino a una habitación agradable, caldeada, con ventanas a la calle. Sobre una mesa habían dejado té y pastas y, en un momento en el que Calland se había ausentado, Palo se había lanzado sobre la comida. Tenía hambre, no había tomado casi nada los dos últimos días, por culpa de la angustia. Y había engullido, y vuelto a engullir, había tragado sin masticar. De pronto, la voz de Calland le sobresaltó.

—¿Cuánto llevas sin comer, muchacho?

Palo no respondió nada. Calland lo miró larga y fijamente: le parecía que era un joven atractivo, educado, inteligente, sin duda el orgullo de sus padres. Pero tenía las cualidades de un buen agente y eso seguramente sería su perdición. Se preguntó por qué diablos ese maldito chico había venido hasta allí, y por qué no se había quedado en París. Y como si quisiera retrasar el destino, lo llevó a una cafetería cercana para invitarle a un sándwich.

Comieron en silencio, sentados en la barra. Después, en lugar de volver directamente a Northumberland House, pasearon por las calles del centro de Londres. Palo declamó un poema suyo sobre su padre; lo hizo sin razón alguna, ebrio por su propio caminar: Londres era una hermosa ciudad, los ingleses eran un pueblo lleno de ambición. Calland se detuvo entonces en medio del bulevar y le agarró por los hombros.

—Márchate, hijo —dijo—. Corre a reunirse con tu padre. Ningún Hombre merece lo que te va a pasar.

—Los Hombres no huyen.

—¡Vete, por Dios! ¡Vete y no vuelvas nunca!

—No puedo... Acepto su propuesta.

—¡Piénsatelo bien!

—Lo tengo decidido. Pero quiero que sepa que nunca he hecho la guerra.

—Te enseñaremos... —el doctor suspiró—. ¿Eres consciente de lo que te dispones a hacer?

—Eso creo, señor.

—¡No, no sabes nada!

---

Entonces Palo miró fijamente a Calland. En sus ojos brillaba la luz del valor, ese valor de los hijos que son la desesperación de sus padres.

De esa forma, durante la noche, en el caserón, Palo recordaba a menudo su ingreso en el seno de la Sección F del SOE, a la que se había unido gracias a la recomendación del doctor Calland. Bajo mando general inglés, el SOE se subdividía en diferentes secciones encargadas de las operaciones en los diferentes países ocupados. Francia contaba con varias, a causa de sus distorsiones políticas, y Palo se había integrado en la Sección F, la de los franceses independientes no ligados ni a De Gaulle —Sección DF—, ni a los comunistas —Sección RF—, ni a Dios, ni a nadie. Había recibido como cobertura un rango y un número de registro en el seno del ejército británico; si alguien le preguntaba, podía decir que trabajaba para el Ministerio de Defensa, cosa nada excepcional, sobre todo en una época como aquella.

Había pasado varias semanas de soledad en Londres, mientras esperaba el comienzo de su formación como agente. Encerrado en su cuartucho, había estado rumiando su decisión: había abandonado a su padre, había preferido la guerra. *¿A quién querías más?*, le preguntaba su conciencia. A la guerra. No podía evitar preguntarse si volvería a ver algún día a su padre, a quien tanto había amado.

Todo había comenzado de verdad a principios del mes de noviembre, cerca de Guilford, en Surrey. En la mansión. Pronto haría dos semanas. Wanborough Manor y su loma de fumadores al alba. La primera etapa de la escuela de formación de alumnos en prácticas del SOE.